

Roger E. Backhouse

Interpreting Macroeconomics. Explorations in the History of Macroeconomic Thought

Londres y Nueva York, Routledge, 1995

JOSÉ ANTONIO ALONSO

Universidad Complutense

La comunidad científica de los economistas no se ha mostrado, a lo largo de la historia, demasiado proclive a los debates metodológicos. Al contrario que lo sucedido en otras disciplinas, son contadas las ocasiones en las que una cuestión de esta naturaleza haya logrado conmover al colectivo de economistas. Este relativo desinterés se ha agudizado en los últimos tiempos, como consecuencia del predominio de una concepción direccional de la historia de la disciplina, que hace ver el pasado como un mero precedente imperfecto del presente. De este modo, la pertinencia de la reflexión metodológica se remite a etapas pretéritas, que se suponen felizmente superadas, entendiéndose como lógica emanación de la duda e inseguridad con que se abordan los primeros pasos de una ciencia. El grado de “madurez” alcanzado en la actualidad por la economía convierte en poco pertinente –y hasta algo extravagante– el deseo de seguir revisando su orientación doctrinal.

Hay quienes, más generosos con el debate metodológico, defienden su vigencia, pero circunscribiéndola a los períodos de crisis de la disciplina: la reflexión metodológica puede ser adecuada para los momentos de perplejidad o de sequía intelectual, pero innecesaria –o, francamente, contraproducente– en las etapas más creativas. Y, como quiera que las crisis se suelen remitir al pasado, nunca acaban de encontrarse motivos suficientes para iniciar este tipo de debates.

En estas posiciones subyace una concepción de la metodología poco defendible. Se considera que es función de la reflexión metodológica el ofrecer una guía del proceder correcto de una disciplina, aportando algo así como una pragmática de la investigación científica. Ahora bien, como advirtiera Popper, es imposible, que la reflexión metodológica aporte una teoría del pensar exitoso, simplemente porque tal teoría no existe. No es extraño, por tanto, que los defensores de esta concepción se sientan después decepcionados por los resultados del debate metodológico: primero se le reclama a la metodología objetivos que no le corresponden, y después se le cuestiona por su incapacidad de alcanzarlos.

Y tampoco es acertado concebir la reflexión metodológica como una suerte de terapia, cuya eficacia se limite a los momentos de enfermedad de la disciplina. La historia de las ciencias no se compadece con esta imagen. Antes bien, es en las etapas de mayor desarrollo y ampliación del ámbito problemático de una ciencia cuando más se requiere –y de más elementos se nutre– la reflexión metodológica. Algo que se revela bien a las claras en la historia de la física, habida cuenta del debate metodológico que originaron la teoría de la relatividad o de la mecánica cuántica. En definitiva, el debate metodológico no se justifica por su función terapéutica, sino, en todo caso, por su función profiláctica; no es un recurso ocasional que surge como consecuencia de una disfunción, sino un necesario y permanente ejercicio de crítica y control sobre los productos del pensamiento.

Nuestra propia disciplina niega esa visión reductora de la metodología. La década de los ochenta, para algunos notablemente creativa desde el punto de vista teórico, es también un momento de notable fecundidad para la reflexión metodológica. La década se abre con una aportación muy destacable en este campo, el libro de Blaug (1980): *The Methodology of Economics*. Desde entonces y hasta la actualidad, a nombres consagrados, como los de Blaug, Hutchinson o Hausman, hemos de añadir, entre otros, los de Caldwell, Boland, Hodgson, McCloskey, Mirowski o Backhouse, algunos con aportaciones verdaderamente clarificadoras y originales. El propio Blackhouse, autor del libro que se comenta, se ha encargado de recopilar en una única publicación –*New Directions in Economic Methodology*, Routledge, Londres, 1994– una expresiva muestra de la pluralidad y riqueza de la reflexión metodológica más actual en nuestra disciplina.

El libro que ahora se comenta se inscribe en este tipo de literatura, recogiendo, con muy pocas modificaciones, algunos trabajos previos del autor que se habían publicado de forma dispersa en libros y revistas especializadas. Este origen del libro justifica su fragmentaria composición. No obstante, los capítulos, con perspectivas y acentos diversos, remiten a una misma cuestión básica: ¿qué papel le cabe a la fundamentación metodológica en la configura de la historia de la disciplina? O, por decirlo al modo de Rorty, ¿qué relación existe –o debe existir– entre la reconstrucción racional y la reconstrucción histórica de una ciencia? Una cuestión que está presente a lo largo de todo el trabajo, aun cuando las aproximaciones y formas de enfocarla varíen en cada uno de los cuatro apartados que componen el libro. La primera parte se orienta al análisis directo de la cuestión planteada, investigando la función que el discurso metodológico debe tener en la reconstrucción histórica del pensamiento económico.

Si uno acude a los autores clásicos, como Hutchinson, Schumpeter o Blaug, la respuesta es inequívoca: a la preocupación metodológica se le otorga un muy limitado papel como orientadora del discurso histórico. Más bien se opta, de forma implícita, por una suerte de eclecticismo, con opciones diversas según cuál sea el problema que se analiza. De tal modo que en la explicación del proceso de desarrollo y cambio de las ideas económicas se combinan, según conveniencia, tanto materiales procedentes del contexto histórico en el que la teoría se gesta, como los que se derivan de su desarrollo interno, como consecuencia de las tareas que reclama su necesaria justificación y consistencia.

La irrupción en el campo metodológico de las propuestas de Kuhn y, sobre todo de Lakatos animaron a algunos autores a acometer, con distinta fortuna, ensayos de reconstrucción racional de la disciplina¹. Con ello se ofrecía no sólo una versión del

proceso de formación del pensamiento económico, sino también una prueba de una determinada opción metodológica. Tales ejercicios podían presentar la ventana de una muy clara sistematización de la historia, pero a costa de forzar una representación estilizada de su discurso.

Frente a este intento de estilización intencional de la historia, se elevaron numerosas voces discrepantes, que tildaron tales ensayos de excesivamente doctrinales, esquemáticos y ahistóricos. Algunas de estas voces críticas, es el caso de McCloskey (1988), niegan la capacidad de la metodología para establecer canon alguno desde el que visualizar –y, por tanto, reconstruir– la historia. La función de la metodología, según McCloskey, no es señalar la forma correcta del proceder teórico de los economistas, sino investigar cómo se explican, cuáles son los recursos que ponen en uso para persuadir a una comunidad especializada. Así pues, la metodología no puede orientar la historia, sino, en su caso, aprender de ella.

Esta posición es compartida, entre otros, por Weintraub (1991), Mirowski o Brown (1993). El primero, frente a una versión canónica y estilizada, subraya la necesidad de una reconstrucción cargada de densidad histórica –las *thick histories* frente a la *thin history*–, que tome en cuenta las diversas formas en que se negocian las ideas, en cada momento, en el seno de una específica comunidad. Mirowski (1990), por su parte, señala el valor de las metáforas, históricamente condicionadas, como inspiradoras del trabajo científico. Y, en fin, Brown (1993), en una visión muy influida por la crítica literaria, insiste en una visión no lineal de la historia, en la que se tomen en cuenta las voces acalladas, en un ejercicio de “descanonización” del propio discurso.

Estas posiciones tienen muchos puntos de coincidencia con la defendida por Dasgupta en su sugerente *Epochs of Economic Theory*. En ese ensayo, Dasgupta argumenta la dificultad que tiene identificar, de manera inequívoca, una línea de progreso en el pensamiento económico. Cada época se caracteriza por investigar una realidad diferente, de tal modo que las propuestas de dos teorías son, más allá de su semejanza aparente, respuestas a problemas distintos. Existe una discontinuidad básica en el quehacer teórico, que impide que se pueda hablar, con propiedad, de progreso en el desarrollo de la disciplina.

La posición de Backhouse a lo largo de esta primera parte del libro se erige en diálogo crítico con estas posiciones relativistas, defendiendo, no obstante, la necesidad de un cierto pluralismo abierto a la crítica. Así, frente al rechazo a toda reconstrucción racional de la ciencia, reclama el papel inspirador que pueden tener determinadas aportaciones metodológicas para interpretar la historia de la propia disciplina. Al fin, la distinción que Rorty realiza entre reconstrucción racional y reconstrucción histórica de una disciplina resulta a todas luces cuestionable: la propia reclamación de una historia no lineal, que analice con detalle los mecanismos sociales de configuración de su discurso, constituye la afirmación de una determinada opción metodológica.

Y, frente al relativismo extremo de Dasgupta, defiende la existencia de una cierta continuidad en el discurso teórico, suficiente para el ejercicio de una cierta hermenéutica. En definitiva, Backhouse se muestra contrario a aceptar un dilema simplificado, en el que se le obligue a elegir entre un fundamentalismo metodológico, totalmente infundado, y una visión convencionalista de la ciencia, que extreme el relativismo so-

(1) Una muy completa relación de estos estudios se encuentra en Marchi (1991).

cial de sus creaciones. Frente a uno y otro extremo, Blackhouse proclama la necesidad de un cierto pluralismo, abierto al diálogo crítico: “la historia está escrita con una diversidad de propósitos, y diferentes propósitos reclaman diferentes enfoques”.

Esta advertencia trata de ponerla en práctica a lo largo de las dos siguientes partes del libro, mucho más centradas en el análisis de la historia del pensamiento económico. Son capítulos que, más allá del tema que abordan, arrojan luz acerca de la utilidad efectiva que para Backhouse tiene la reflexión metodológica como material con el que reconstruir la historia del pensamiento económico.

En concreto, la segunda parte se dedica a estudiar los antecedentes del pensamiento *keynesiano*, deteniéndose en las figuras de Hobson, Walker, Mitchell y Clark. En esta parte, el autor se muestra como un historiador de las ideas preocupado por definir el proceso de génesis de un cuerpo doctrinal. Lo que le obliga a buscar, más allá de las semejanzas aparentes, aquellos aspectos que incapacitaron a otros autores, considerados muy cercanos antecesores, a dar el salto analítico que Keynes más tarde acometerá. En este proceso, se revela como crucial el marco de definición conceptual que una teoría presupone. Aun cuando todos admitan la persistente existencia de desempleo, su análisis remite a concepciones diferentes de la economía, que se refleja en el manejo de los conceptos que cada cual realiza. Cuando Hobson habla de inversión y de ahorro, lo hace en un sentido muy diferente al de Keynes; como diferente es el concepto de incertidumbre que está presente en la aportación de institucionalistas como Mitchell o Clark; y alejada está también de la concepción *keynesiana* la lógica de la crisis de producción y demanda que investiga Walker.

La tercera parte del libro se dedica más centralmente al análisis de la tradición *keynesiana*; se trata de la parte más interesante y polémica del libro. A lo largo de tres capítulos, Backhouse argumenta una continuidad básica en la tradición *keynesiana*, que permite concebirla como un programa de investigación, al estilo de Lakatos, que identifica con la denominación de *neowalrasiano*. Este programa viene definido por una serie de supuestos, que constituyen su núcleo duro, y un conjunto de proposiciones, que le aportan su heurística positiva. En el núcleo duro del programa se asientan aquellas proposiciones que definen el espacio económico como un ámbito compuesto por agentes dotados de preferencias, que toman decisiones tratando de optimizar su comportamiento sujeto a restricciones, en un espacio compuesto por mercados interrelacionados. Entre las proposiciones de heurística positiva figuran su proyecto de construir teorías formalizadas, en las que los agentes, dotados de la mejor información disponible, responden a reglas de comportamiento en un marco que previamente se define si está o no en equilibrio.

Backhouse sitúa el punto de partida de este programa de investigación no tanto en la aportación de Keynes, como en la simplificación formalizada que se trató de hacer de su teoría a lo largo de los años 1936 y 1937, a cargo de Champernowne, Harrod, Meade o Hicks. En este programa de investigación se incluye, por tanto, toda la tradición de la gran síntesis neoclásica, que resulta del esfuerzo que autores como Patinkin, Samuelson, Solow o Tobin realizaron, tratando de encontrar una mejor fundamentación microeconómica de las relaciones sugeridas por Keynes, particularmente en relación con las funciones de consumo e inversión. E, incluso, se integra también aquel trabajo de relectura de Keynes que emprenden Clower y Leijonhufvud, y que inspirará el desarrollo de nuevos modelos de equilibrio, con precios rígidos, como los debidos a Malinvaud o a Solow y Stiglitz.

Esta interpretación de la tradición *keynesiana* resulta sugerente, pero muy discutible. Es sugerente, porque permite interpretar, en un marco más amplio, el esfuerzo realizado por devolver la aportación *keynesiana* al ámbito de la corriente principal del pensamiento económico, limando -o desnaturalizando- sus aspectos más heterodoxos y rupturistas. Esta misión la inician los portavoces de la síntesis neoclásica, pero la continúan autores posteriores, que han tratado de reconducir las relecturas críticas que, en diversos momentos de la historia, se han hecho de la aportación original de Keynes.

Ahora bien, resulta excesivamente vaga la frontera del programa de investigación que se propone, lo que se revela en la llamativa generalidad del cuerpo de proposiciones que lo definen. De hecho, como el propio Backhouse reconoce, parte del monetarismo podría estar incluido en este mismo programa de investigación. De este modo, el programa pierde su función caracterizadora, y se convierte en una especie de gran rótulo bajo el que se puede sentir acogido el grueso del pensamiento de la macroeconomía moderna, con muy pocas excepciones, entre las que se encontraría la nueva economía clásica. Adicionalmente, se echa de menos una más precisa interpretación de la relación de este programa con las líneas de investigación que, desde él, se cercenan o excluyen, y que encuentran su base de inspiración en la aportación de Keynes o en alguna de las lecturas que tal aportación sugiere -sería el caso de los post-*keynesianos*. Por ello, deja poco satisfecho el carácter progresivo que Backhouse atribuye al programa, si bien en este caso tal concepto es deudor de las ambigüedades que acompañan a la propuesta metodológica como la de Lakatos.

Pero, más allá de estos aspectos polémicos, la lectura de estos capítulos resulta interesante, por lo que tienen de interpretación del proceso de formación del pensamiento macroeconómico actual. Y por la visión que ofrecen de las diversas etapas por las que atraviesa la influencia *keynesiana*, revisando las reconducciones teóricas del programa a que obligaron los momentos de crisis.

Por último, la cuarta parte del libro, compuesta por dos capítulos, se dedica al estudio de la retórica en el discurso económico. El primero de ellos investiga los recursos retóricos que Friedman maneja en la exposición y defensa de las posiciones monetaristas en su debate con Tobin. Este ejercicio de desvelamiento, le permitirá a Backhouse subrayar la distancia que existe entre los criterios metodológicos que explícitamente Friedman dice defender, expuestos brillantemente en su ensayo *The methodology of positive economics*, y aquellos a los que apela en la presentación y defensa de su aportación teórica.

Este mismo tipo de análisis de los contenidos retóricos del discurso es manejado por Backhouse en el último capítulo del libro, que tiene como objetivo poner en contraste a dos autores notablemente influyentes, pero enormemente distanciados en la forma de concebir el trabajo teórico: Muth, el fundador de las expectativas racionales, y Leijonhufvud, a quien se debe una relectura de Keynes. La comparación de ambos trabajos le permite investigar la diferencia en la forma en la que se argumenta y difunde uno y otro trabajo. Lo que proporciona materiales muy útiles para interpretar la secuencia y perdurabilidad de su influencia en la comunidad de economistas.



REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Blaug, M. (1980): *The methodology of economics*, Press Syndicate of the University of Cambridge, Cambridge, (hay traducción en castellano).
- Brown, V. (1993): "Decanonizing discourses", en W. Henderson, T. Dudley-Evans y R.E. Backhouse (eds.), *Economics and Language*, Routledge, Londres.
- Dasgupta (1985): *Epochs of Economic Theory*, Basil Blackwell, Oxford.
- Mirowski, Ph. (1990): *More Heat than Light*, Cambridge University Press, Cambridge.
- Weintraub, E.R. (1991): *Stabilizing Dynamics: Constructing Economic Knowledge*, Cambridge University Press, Cambridge.